

Julio Torri

Traductor de espíritus afines

Beatriz Espejo

Uno de los prosistas más rigurosos de las letras mexicanas tuvo la inclinación, a lo largo de su vida, de verter a nuestra lengua obras literarias escogidas con un gusto refinado. Así, Julio Torri tradujo, no sin permitirse varias licencias, a figuras notables de la cultura europea como Heinrich Heine y Blaise Pascal. Beatriz Espejo recupera esa faceta del autor de De fusilamientos.

En carta a Pedro Henríquez Ureña, fechada en marzo de 1919, Julio Torri escribió lo siguiente: “Después he tenido muchos contratiempos. El último han sido unos ataques de Palavicini,¹ Rafael López² y Villalpando, que me acusaban de recibir dinero alemán por traducir *Las noches florentinas*. ¿Lo crearás? Me he de-

¹ Félix Palavicini (1881-1952) acompañó a Francisco I. Madero en su primera gira de propaganda. Fue ministro de Instrucción Pública (1914-1916), luego diputado al Congreso constituyente y embajador extraordinario en distintas legaciones. El 1º de octubre de 1916 fundó el periódico *El Universal*. Escribió libros sobre educación y un par de novelas.

² Rafael López (1873-1943) tuvo una educación esmerada y una amplia cultura. La *Revista Moderna* publicitó su nombre. Se le estimaba pronto como uno de los buenos poetas mexicanos. Autor de un solo libro: *Con los ojos abiertos*. Tuvo muchos contactos con el López Velarde de “La Suave Patria”. Ejerció la crónica periodística y la docencia. Fue director hasta su muerte del Archivo General de la Nación, y el primer director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional

fendido como he podido y en el fondo, como nos pasa a todos en estos casos, he pensado en emigrar. Sólo que lo haré a España, y a fines de este año, pues tengo que dejar asegurada en alguna forma la vida de mi madre”.³ Tiempo atrás —para ser precisos, el 9 de septiembre de 1914—, había enviado otra misiva en la que apuntaba sus opiniones sobre el “conflicto europeo” y en la que pretendía que Henríquez Ureña no tomara partido a favor de Alemania:

³ En el archivo personal de Torri se hallaron a su muerte muchas cosas aparentemente inútiles, que para él debieron de tener algún encanto secreto o una importancia apenas sospechable. Guardó por ejemplo el pasaporte con que viajó en misión diplomática rumbo a Sudamérica con José Vasconcelos y papeles de filiación que lo describen de un metro sesenta y cinco de estatura, sin señas particulares, frente despejada, cejas delineadas y ojos cafés. Por uno u otro motivo, y como actos de desesperación, siempre habló de viajar a Europa y lo pospuso por sus obligaciones filiales. Se halló también entre sus documentos una prosa inédita.

las mayores herramientas de la civilización no deben malgastarse entre sí. Respecto a tu opinión personal creo lo siguiente: serías germanófilo por estas razones: raza germánica, raza europea; germanos — griegos, epopeya, atributo privativo de germanos, Lessing, Goethe, Kant, Heine, Schopenhauer, Nietzsche (la más europea corona de cualquier nación); ideas modernas fundamentales, germánicas; mayor elevación del espíritu humano desde el Renacimiento: 1815 alemán. No creo que seas germanófilo por lo siguiente: Alemania militarizada no es la Alemania burguesa y doméstica; el Káiser es un mediocre (de tipo francés más bien) a quien los azares de la historia han hecho representar el papel de héroe; la preeminencia de Prusia (como la de Austria) en guerra, en caso de victoria alemana, sería: deificación del Káiser; traslado del Louvre a Berlín; empobrecimiento de Inglaterra y ruina de sus instituciones más nobles (el gobierno liberal, el home inglés, la casa de Orange, la suprema distribución, el ensayo, etc.); aplazamiento indefinido del advenimiento del régimen socialista (in mentís soy socio corresponsal del Fabien Club). He comenzado un himno británico...

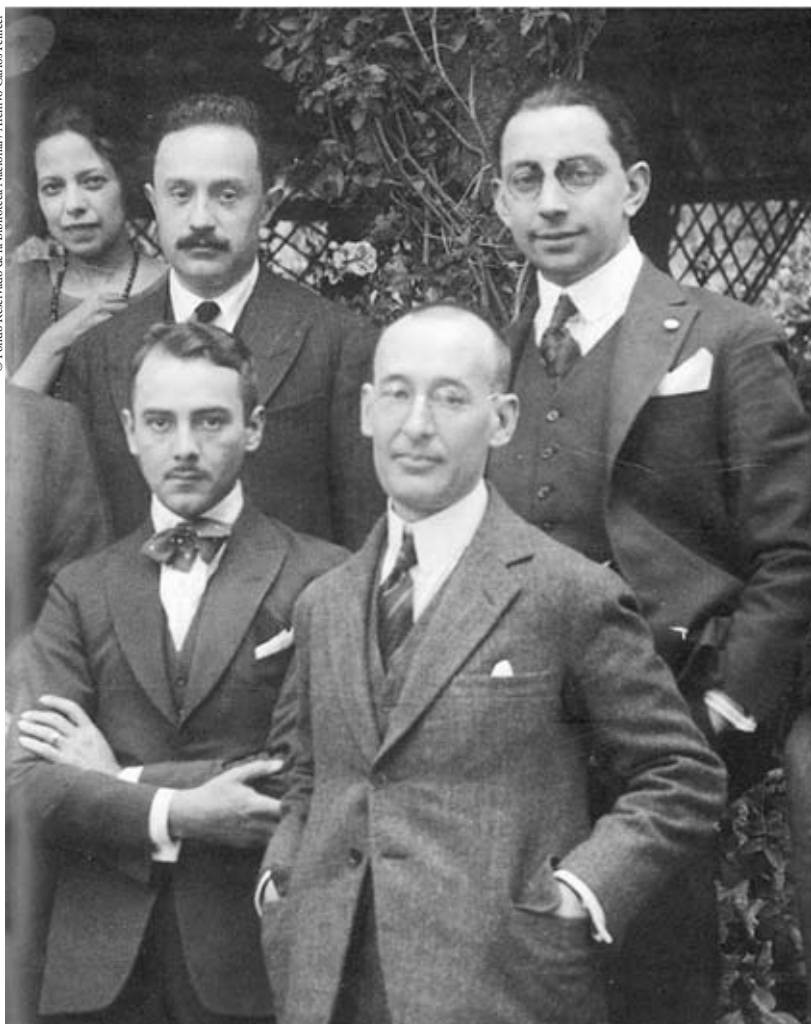
Los acontecimientos y tragedias de la Primera Guerra Mundial ocupaban los encabezados de todos los diarios y Torri —según su costumbre— demostraba una gran lucidez. Era un profeta sobre algunos horrores,

como el empleo de bombas de gas mostaza que ocurrió más tarde y empeoró hasta la sinrazón en la Segunda Guerra Mundial. Resultaba pues justo el sentirse ofendido frente a las acusaciones que le hicieron. Por su parte, Henríquez Ureña entendía en el sentido más amplio de la palabra la tarea de que quienes se acercan a las traducciones con ánimo amoroso desdeñan intereses comerciales y las emprenden como un acto de reconocimiento a los escritores de su estimación entrañable, los que incluso les han dejado influencias.

Torri, tan peculiar en muchos sentidos, en éste no fue una excepción. Desde muy joven sintió el atractivo de la literatura universal al punto de que, como sabemos, su primera prosa, escrita entre los quince y los dieciséis años y publicada en *La Revista* de Saltillo, Coahuila (1905), la tituló “Werther”, lo cual revela una precoz lectura del libro de Goethe que tanto influyó en los adolescentes de la época, cuando casi todos se creían dispuestos a claudicar ante la vida y, arrastrados por dificultades románticas, acariciaban secretamente la idea del suicidio. Luego, en una nota breve —el prólogo era de Marcelino Menéndez y Pelayo— a *Hermann y Dorothea* (Cvltvra, 1917), dijo: “En *Werther* sufrirán una purificación y un empleo artístico muchas de esas malas inclinaciones de los jóvenes por las sombrías perspectivas de la vida, esa complacencia por el propio dolor y ese embriagarse en él como en el perfume de una flor monstruosa y letal”.

Tenía oído de músico por herencia de su madre, buena pianista, educación familiar y dotes personales, y en la época de su bautismo literario se aplicó a conocer varios idiomas. Hay constancias de que manejaba el latín y de que coqueteó con la idea de traducir el *Compendio de historia sagrada* de Raimundo de Miguel, célebre latinista español del siglo XIX. En su archivo personal existía, en la Biblioteca Pino Suárez de Villahermosa, Tabasco, una libretita Cross Section Book encuadernada en piel color becerro claro⁴ donde con su letra menuda llenó páginas y páginas de vocabulario y locuciones latinas que parecen infinitas. Pronto aprendió inglés y francés y en sucesivas cartas a lo largo de varios lustros habló de emprender distintas traducciones que se quedaron en meros proyectos. Entre ellas un ensayo, sin fecha, sobre cuestiones estéticas, escrito por uno de los fundadores del grupo Bloomsbury cuando no había alcanzado categoría de mito literario por la trascendencia que lograron sus componentes, entre los cuales Virginia Woolf ocupa un lugar destacadísimo. Esos originales incompletos están expuestos en una vitrina de la Biblioteca y tengo de ellos una fotocopia en mi poder. Hay una nota

© Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional / Archivo Carlos Pellicer



Julio Torri con Palma Guillén, José Vasconcelos, Roberto Montenegro y Carlos Pellicer

⁴ Pueden leerse también las listas de sus discípulos correspondientes al año de 1958; entre otros: José Emilio Pacheco, Liliana Porter, Azucena Rodríguez y José Amezcua.

al margen derecho que dice: “Pedro: Esto es un comienzo de traducción de *Art* de Clive Bell⁵ —hecho sin cansarse mucho, por ociosidad— haz de él lo que quieras”.⁶ Hasta donde sabemos Henríquez Ureña nunca la publicó y no debió entusiasmarse con ese manuscrito que sin embargo demuestra los intentos de Julio Torri por mantenerse al día siguiendo lo que hacían del otro lado del Atlántico contemporáneos suyos que aún no eran todavía muy famosos en México. En el prefacio afirma: “Para el que es artista, psicólogo o experto en la ciencia de las limitaciones humanas, todavía queda por explicar hasta dónde lo no esencial es un medio indispensable para llegar a lo esencial. Queda por explicar si es fácil, difícil o imposible para el artista destruir todos los peldaños de la escala por la cual ha trepado hasta las es-trellas”.⁷ Resulta sencillo relacionar esta idea de la quintaesencia estética con los propósitos y preocupaciones del traductor empeñado en la estética del bonsái. Torri tenía además la conciencia de un grupo literario cuyos componentes admiraba, y discutía con sus amigos íntimos sobre cuestiones artísticas⁸ y a veces modificaba algunos juicios o los enfocaba de modo distinto a como los enfocaban los demás, con una visión sorprendentemente avanzada.

Durante sus cursos de literatura francesa sus alumnos frecuentemente lo escuchábamos traducir directamente y sin problemas los sonetos más famosos y difíciles de Gérard de Nerval y Charles Baudelaire y las prosas más perfectas de Bertrand.

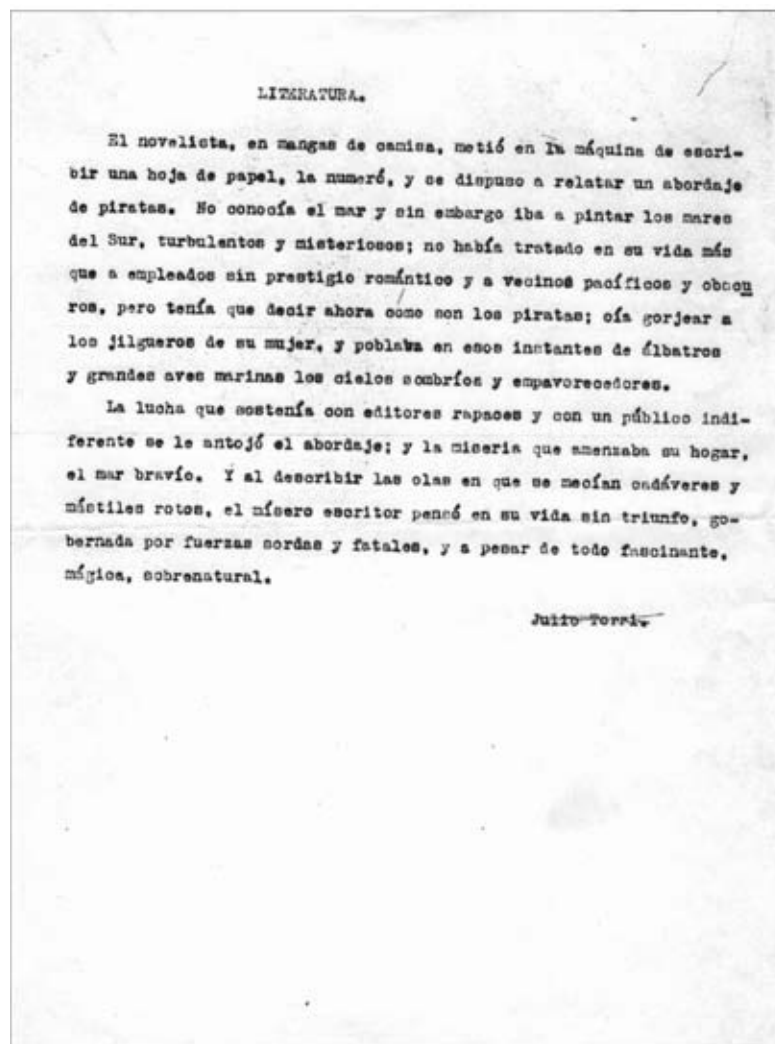
Todos sabemos que en su experiencia editorial, en la Secretaría de Educación Pública, revisó varias traducciones y que en Cvltvra pasaron a la imprenta tres o cuatro firmadas con su nombre. La “Canción” de Jean de Richepin apareció en *El Maestro* (junio de 1921). Se trata de un extrañísimo poema que encomia hasta lo patético el amor de la madre por el hijo. Amor contrapuesto con el casquivano desafecto de la amante capaz de exigir en prueba de sometimiento hasta la ignominia y el crimen. El texto presenta insalvables problemas técnicos debidos a sus juegos de palabras y a sus juegos fonéticos imposibles de trasladar de una lengua a otra.

⁵ Clive Bell y Roger Fry se distinguían ya como críticos con posturas muy personales. El primero estaba casado con Vanessa, hermana de Virginia, quien convenció a su marido de atemperar algunos comentarios demasiado cáusticos tocantes a su grupo. Así lo asienta el prefacio. Entre otros escritos, Clive Bell cuenta con *Artistic Problem, Ibsen, Maynard Keynes, Old Friends, Post Boilers, Since Cézanne, Wilcoxism*.

⁶ Del texto inédito e inconcluso sobre las ideas estéticas de Bell.

⁷ *Idem*.

⁸ Dice Bell: “Durante algunos años Mr. Fry y yo hemos seguido discutiendo, más o menos amistosamente, los principios de la estética. Yo me complazco en figurarme que no me he apartado ni una pulgada de mi primera posición, pero debo confesar que las cautas dudas y reservas que se insinuaban a lo largo de este prefacio son todas consecuencias indirectas de las críticas de un amigo”.



La versión española de *Discursos sobre las pasiones del amor* de Blaise Pascal (Editorial Séneca, 1942) y *Las noches florentinas* (Cvltvra, 1918) las hizo con una prosa aceptada que corre sin dificultades y que, si no se cotejan con los originales, parecen excelentes, aunque quizá nunca sean muy rigurosas. En otra carta a Henríquez Ureña (5 de mayo de 1911), Torri mismo confesó a propósito de un ejercicio en que se propuso traducir *Lady Windermere's Fan* de Oscar Wilde:

de paso te diré que no te va a gustar porque la he hecho de prisa y no tendré tiempo de pulirla un poco y trabajarla; y además porque me sirvo de un diccionario muy incompleto, y a una multitud de palabras tengo que adivinar el sentido. Aparte de esto, tú que tan bien me conoces debes saber que no soy un traductor muy fiel, pues la infidelidad no es sino un aspecto de mi debilidad por los embustes...⁹

¿Tradujo *Las noches florentinas* del alemán o del francés? Heine escribía indistintamente en ambos idiomas; pero Torri, a pesar de intentos anteriores, sólo a finales

⁹ Se refería, por supuesto, a los cuentos que contaba en las reuniones del Ateneo de la Juventud.

de 1917 se puso a estudiar disciplinadamente alemán y, aunque consiguió rápidos progresos, parece imposible que apenas tres o cuatro meses después le hubieran permitido realizar con éxito una empresa tan exigente. Sin embargo, es preciso constatar que en otras épistolas citó pasajes de Heine en alemán y que en su biblioteca tenía libros editados en Alemania, lo cual prueba una vez más que su formación procuraba ser todo lo universal posible, y que siguió de cerca a los autores capaces de conmoverlo y acompañarlo durante su vida.

Se mantuvo fiel a sus devociones literarias, aunque conocemos perfectamente su enorme erudición, comentada hasta el cansancio por sus estudiosos y críticos. En 1910 hablaba, por ejemplo, de su entusiasmo por Fernández de Lizardi, y con el tiempo logró adquirir tres tomos de la edición príncipe de *El Periquillo Sarniento*. Jamás negó tampoco su apego por Heine, que lo condujo incluso —una puerta abre otra, dicen los teólogos— al Nerval de sus amores. Coleccionaba sus publicaciones en la *Revue de Deux Mondes*. Hasta Alfonso Reyes notaba en la literatura de Torri determinada influencia de Heine y, a su vez, Torri afirmaba que, junto con otros grandes hombres, Heine asumía la más alta representación espiritual de Alemania en la ilustración moderna.

Al querer explicar las causas del atractivo tan profundo que puede sentir un escritor por otro, y reflexionando sobre lo anterior, se concluye que el fenómeno estaba en el orden de las recónditas, misteriosas simpatías. Torri debió de descubrir en Heine afinidades de todo orden, incluso personales. No resulta cosa de otro mundo enumerarlas. Por ejemplo, sus aspectos físicos no eran demasiado atractivos. Ambos quisieron sin éxito ser diplomáticos, fueron desventurados cada vez que procuraron encontrar una pareja estable en muchachas de su condición social y tuvieron que conformarse cortejando a jóvenes que no debieron de llenar sus aspiraciones. Heine enamoró a la hija del verdugo y Torri se autonombraba “tenorio de feas”.¹⁰ Eran unos diletantes ante las artes en el más amplio sentido del término, y unos hombres inhábiles frente a los conflictos y dilemas cotidianos. Y, a pesar de la perfección formal que caracteriza a sus escritos, hicieron de su vida una sucesión de hechos tristes cuando los sorprendió la edad madura. La fortuna rara vez fue su compañera. Su humorismo no les impidió dejarse llenar de odios, manías y rencores. Su madre les inspiraba un amor casi malsano, escribían cartas espléndidas y, como dato curioso, los dos hablaban en voz muy baja. Para consolarse buscaban el recurso de la ironía. Se burlaban de las cosas molestas y

ridículas. Hacían sátiras políticas y religiosas, transgredían los géneros literarios, pues en sus escritos la prosa y la poesía se hermanan alcanzando una gran intensidad. Adoraban la concisión, se aplicaban a dar con la palabra justa, pesaban cada término como si se tratara de orfebres que calibran los diamantes. Elaboraban sus textos con un sistema peculiar, que permite el gozo formal y las dobles lecturas de la obra moderna, y dejaban así que los lectores tuvieran con ellas una participación activa, lo cual, vistos a la luz de nuestros días, los vuelve muy actuales. Hallaban la perfección en sus hallazgos. Recurrían a la paradoja y convertían el cinismo en una categoría estética.

Heine también era un erudito, un libertino, un personaje curioso que practicaba despiadadamente la auto-crítica, inventaba bufonadas contra sus enemigos, mantenía el anhelo de que sus frases levantaran el vuelo como las golondrinas se remontan en pleno verano. Se esforzaba por lanzar comentarios graciosos durante las conversaciones y por tocar únicamente temas originales cuando escribía. En *Atta Troll* se empeñó en que los animales representaran el papel de los hombres al modo de extrañas fábulas. Y aquí no se resiste la tentación de recordar que en “Mujeres”, una de sus prosas más misóginas y comentadas, Torri hizo comparaciones entre las especies femeninas y las zoológicas.

Las noches florentinas no es el libro más representativo de la producción de Heine; pero a Torri debió de fascinarlo por tener una idea rectora inusitada que podríamos resumir así: Maximiliano visita a una joven, especie de amada bella y condenada a un lecho de enferma tuberculosa. Entretiene sus horas inmóviles contándole historias extravagantes y divertidas, exagera su fantasía, reconstruye sus lecturas y su capacidad para relacionar hechos significativos entre la persona y la obra de artistas y hombres ilustres. En el retrato de Paganini se detiene con un especial deleite que nos obliga a compartir. De tal suerte los relatos se suceden uno tras otro, hasta que Maximiliano, aburrido de pronto tras la proeza de una plática interminable, toma súbitamente su sombrero y escapa. ¿Hacia dónde? Sólo desaparece del panorama. Y esa desaparición es digna de un prestidigitador, del arte etéreo de Heinrich Heine. Al cerrar el libro de Cvltvra impreso en papel lustre y que ostenta en la portada una viñeta *art déco* en la que una dulce niña sostiene en la mano izquierda un pajarito negro, queda flotando en el aire un Maximiliano ingrátido capaz de volar rumbo al espacio, como si el pajarito se hubiera cansado de estar sobre el dedo de la niña. Como si Torri hubiera hecho lo mismo al poner el punto final a su traducción tal vez no muy fiel...

Los *Discursos sobre las pasiones del amor* aparecieron, según el colofón, el día 24 de diciembre de 1942 en los Talleres Artes Gráficas Comerciales de México,

¹⁰ En su archivo guardó algunos retratos de María Martínez, de la niña Carmen Silva (1914) y de Madeleine, una tiple guapa como las del Teatro Principal.



Distrito Federal, bajo el sello de Editorial Séneca, ubicada en la calle de Varsovia 35 A, y en la serie El Clavo Ardiendo, con la dirección tipográfica de Emilio Prados, quien —dicho sea de paso— no cuidó un número grande de erratas, que si bien no distorsionan el sentido del texto, sí distraen un poco la atención del lector embelesado por un proyecto tan exquisito destinado a publicar en formato pequeño textos breves y refinados, para que los degustaran paladares de gourmet. Con tales características no resulta extraño que le propusieran a Torri figurar entre los autores. Se trataba de poner maravillas al alcance del público mexicano. Se dejaba a un lado el interés económico y se buscaba el afecto del erudito. Basta repasar los títulos de la primera serie para confirmar lo que digo: *El Purgatorio* de santa Catalina de Sena, en versión española de José Bergamín; *Hombre adentro* (con dos epístolas españolas: la “Epístola a Arias Montano” de Francisco de Aldana y la “Epístola moral a Fabio”); *El regreso del hijo pródigo* por André Gide, en versión española de Xavier Villaurrutia; *¿Qué es metafísica?* de Martin Heidegger, en versión española de Xavier Zubiri; *Fragmentos* de Novalis, en versión española de J. Gebser; *Una temporada en el infierno* de Rimbaud, en versión española de J. Ferrel; *Antígona* de Kierkegaard, en versión española de J. Gil Albert; *Experiencia y presencia de Dios* de Plotino, con selección y prólogo de García Baca; *Poemas* de Holderlin, en traducción de Hans Geser y Luis Cernuda con una nota

de Luis Cernuda; y *¿Qué es poesía?* (*Cartas literarias a una mujer*) de Gustavo Adolfo Bécquer.

En esta serie entraba Torri y en la segunda se anunciaban títulos de Keats, Shelley, Bernanos, Malraux y de otros autores igualmente importantes. Como puede verse, se hablaba casi siempre de versiones, lo cual a Torri debió de acomodarlo mucho dado su afán por “los embustes”. Desde la primera frase, los *Discursos* demuestran un estilo parecido al de *Tres libros*: cada frase cincelada por un virtuoso a la manera de una sentencia latina; cada párrafo libre de polvo y paja, sin rebabas, expuesta con una puntuación perfecta. Empieza sin dudas diciendo: “El hombre ha nacido para pensar; así que nunca está sin hacerlo”.¹¹ Y sigue a lo largo de las 37 páginas que forman el librito, con el mismo ritmo apretado y sintético que exige una lectura reflexiva para ser entendido cabalmente. “Las pasiones más convenientes al hombre, y que encierran muchas otras, son el amor y la ambición”,¹² y se asegura entonces que cuando aparecen juntas son caras de una misma moneda que comienza desde el principio y sigue hasta la tumba. Y casi desde el comienzo se incluye una frase de Pascal que ha gozado de múltiples comentarios porque a todos nos llega como una flecha partiéndonos el cora-

¹¹ Blas Pascal, *Discursos sobre las pasiones del amor*, versión española de Julio Torri, Editorial Séneca, México, 1942, p. 1.

¹² *Op. cit.*, p. 2.

zón: “La vida del hombre es miserablemente corta”. Las frases sucesivas entrañan enseñanzas, descubren la claridad de la inteligencia unida a la pasión por pensar y sentir, puesto que incluye en todo el espíritu de un ser humano que de pronto afirma: “¿Quién duda después de esto que estamos en el mundo para otra cosa que para amar?”.¹³ Esto, unido a la conciencia de nuestra soledad ontológica que representó la expulsión del Paraíso, y sus consecuencias, enfrentar el mundo y sus avatares con la tremenda soledad que nos aqueja desde el nacimiento y nos acompaña hasta el final.

Hay momentos del libro que recuerdan inevitablemente los aforismos y sentencias literarias que Torri recogió en su reducida obra. Comparten el mismo tono cuando hablan de los sexos y por tanto de las mujeres. Los pasajes podrían leerse aisladamente, aunque tienen una secuela, un desarrollo que se desenvuelve dando paso a pensamientos sobre un mismo tema. Algunas veces se acercan al minipoema que Torri ayudó a desarrollar entre nosotros. Nos encontramos ante un ensayo filosófico y a veces ante un compendio de fórmulas para mantener prendidas las brasas de la pasión y del gozo. Se analizan los más sutiles pensamientos en torno al amor, a veces con arrojo; a veces con temores. Se estima que la calidad del amor que se siente corresponde a la calidad del alma que alienta al amante. Y se concluye que veneramos lo amado. Incluso algunos pasajes recuerdan pasajes de las cartas que Torri enviaba a sus

amigos y confidentes; por ejemplo: “Hay un lugar de espera en el corazón de ellos para alojarla” (a la amada)¹⁴ o “En amor no se atreve uno a nada, de miedo de perderlo todo: no obstante hay que avanzar, pero ¿quién puede decir hasta dónde? Tiembla uno siempre hasta hallar ese punto”.¹⁵ Por una serie de circunstancias fáciles de esclarecer se explica que Torri lo hubiera elegido para formar parte de la colección publicada por Séneca, puesto que sólo escribía movido por los sentimientos de noble catador de palabras e ideas, seguro de sus convicciones. Y encontraba correspondencias en espíritus afines. Pascal, por ejemplo, manejaba un francés impecable, y fue enciclopedista. Informado a propósito de muchas materias, matemático y físico, se dejaba arrastrar por las propuestas que andaban en torno suyo y sus investigaciones científicas lo condujeron a enunciar las leyes de la presión atmosférica y del equilibrio de los fluidos y a inventar la prensa hidráulica. Partidario del jansenismo, se retiró a la abadía de Port Royal, donde llevó una vida de severo ascetismo. En su calidad de clérigo era soltero; sin embargo, y acordando que algunas cosas se entienden por la experiencia, debió de mitigar su soltería en algunos momentos de su vida entregada a la reflexión. Muchos pensamientos que apuntó coincidían con las inquietudes de Torri, que lo tradujo al español en una versión en la que seguramente se permitió alguna que otra licencia. **U**

¹³ *Op. cit.*, p. 12.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 17.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 36.



Julio Torri, último de la derecha, junto a compañeros del Ateneo de la Juventud